

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.

Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.

Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.

Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

6. La levadura de la fe

Sin levadura no es posible preparar un buen bizcocho de limón. Sin ella – puede bastar una pizca o una cucharadita – no podemos preparar el pan de cada día. La levadura es un ingrediente esencial de todo buen repostero. Pero también la cerveza y la producción de antibióticos, por ejemplo, necesitan levadura, ese hongo microscópico unicelular que, gracias a sus enzimas, fermenta azúcares e hidratos de carbono. Hoy día, abundan también las levaduras químicas, sustancias sintéticas que imitan la acción de la levadura natural.

¿Qué es lo propio de la levadura en medio de la masa? Lo primero que salta a la vista es la desproporción en las cantidades: basta una pizca, la punta de un cuchillo, o un sobrecillo minúsculo. Un poco es capaz de fermentar toda la masa. En segundo lugar, la levadura no actúa en un instante: necesita un ambiente adecuado para trabajar y, sobre todo, tiempo. En tercer lugar, esta acción poderosa y paciente que alcanza a toda la masa, se realiza de una manera invisible. Al principio no notamos su acción y podemos pensar que nos hemos olvidado de echarla. Poco a poco, la fermentación se hace visible, y el pan, o el bizcocho se van levantando y toman la forma adecuada. ¿Qué tiene que ver entonces la levadura con la fe?

a. Una imagen, una pregunta

En una ocasión, Jesús comparó el Reino de los cielos con una mujer que, al amasar la harina, introducía una pizca de levadura. Era esta una imagen cotidiana y sencilla, propia de toda familia de su tiempo. Hoy pensaríamos sobre todo en el panadero, pues son pocas las familias que preparan en casa el pan de cada día. Aquella levadura era signo de la venida del Reino, de la fe que el Señor ha venido a traer al mundo.

Como la levadura, la fe participa de esa desproporción. Es apenas media cucharada, pero está llamada a expandirse por toda la vida, por todos los minutos de nuestra agenda, por todos los rincones del trabajo y del hogar. Eran un puñado de apóstoles, y se distribuyeron por todo el mundo conocido, desde Jerusalén hasta Roma e Hispania, hasta Etiopía y la India.

Pero para fermentar la masa, es necesario un ambiente cálido y una espera paciente en la que parece que nada sucede. La fe, como la levadura, nos sitúa ante el reto de lo invisible. Su presencia en la masa no se nota, ni se ve, pero sabemos que está actuando. Actuará si le dejamos tiempo. Estamos ante la prueba de la fe. El repostero principiante, que no aparta sus ojos del horno, no percibirá inmediatamente la acción de la levadura y quizá piense que se ha equivocado en algún paso. Algo semejante nos puede ocurrir en nuestra mirada al mundo. ¿No se habrá olvidado Dios de echar la levadura, como le ocurre al cocinero despistado?

¿Qué significa hoy decir “yo creo”? La dificultad de creer reside en el carácter invisible de la levadura. Entre Dios y el hombre hay un abismo infinito. En cierto modo, podríamos decir que el hombre ha sido creado de tal manera que sus ojos solo pueden ver lo que no es Dios. Tendemos a reducir el espacio de nuestra existencia al espacio del ver y comprender. Dios es, por ello, aquel que queda *esencialmente* fuera del campo visual humano, por mucho que se extiendan

sus límites. No lo veo, ni lo puedo tocar, pero sé que está presente (cf. J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*).

Entendemos así el reto de la levadura. El creyente no vive imperturbable, sino que lucha ante las dificultades que le plantea creer. Se le presenta atractiva la tentación de la duda. ¿Y si no fuera verdad? ¿Y si no existiese una acción divina que está fermentando la masa del mundo?

b. A la luz de la Escritura

Aunque es un ingrediente de la cocina cotidiana de Israel, la levadura no goza de buena fama en la Escritura. En el Antiguo y, de otro modo, en el Nuevo Testamento, posee un significado negativo. La levadura se presenta como sinónimo de contaminación. Sin neveras ni conservantes, la levadura mostraba rápidamente su poder de fermentar y de corromper los alimentos.

Como ocurre con otras realidades bíblicas como el agua, signo de vida y de muerte, o la noche, ámbito de intimidad pero también de traición y pecado, la levadura posee diversos registros. Cuando se trata de manifestar la elección del pueblo de Israel y su llamada a una vida diferente del resto de pueblos, libre de ídolos y supersticiones, se insiste en la pureza, en el pan sin levadura ni corrupción. Pero Dios forma y elige un pueblo concreto para manifestar su presencia y amor a todos los pueblos. Aquí es donde la levadura asume un valor positivo y manifiesta su potencia fermentadora, destacando la universalidad de la llamada de Dios. El destino de esa pizca de levadura es la transformación de toda la masa. Esta ambivalencia la descubrimos también en la misma levadura, que no solo es benéfica en la fermentación del pan, la cerveza, el vino... sino que resulta también fuente de infecciones molestas y graves.

Pero volvamos a la historia de Israel. La falta de levadura recuerda la prisa de la salida de Egipto (cf. Ex 12, 8.11.39). El pueblo salió con los panes amasados pero sin fermentar, pues no había tiempo para cocerlos (la fermentación implica un tiempo largo; cf. Os 7, 14). Esta prisa manifestaba la fuerza de la elección de Yahveh, que sacó a Israel con brazo poderoso y lo condujo a una tierra nueva. De ahí, la necesidad de no contaminarse con los ídolos y dioses de otras naciones. La levadura se une, de esta manera, a la idea de renovación: es necesario que desaparezca la vieja levadura de la vida antigua (cf. Ex 12, 15).

En los más antiguos códigos de la ley (cf. Ex 23, 18; 34, 25), los sacrificios iban acompañados de pan ázimo, es decir, pan sin levadura, semejante al que usamos hoy para la Eucaristía. Este era el alimento de Israel durante la fiesta de primavera (cf. Ex 23, 15; 34, 18). La levadura se excluía de las ofrendas culturales (Lev 2, 11) como signo de corrupción.

También el Nuevo Testamento conoce esta visión negativa. Como buen judío, Jesús celebrará la Pascua e instituirá la Eucaristía con panes ázimos, recordando aquella singular prisa de la acción divina. También San Pablo se hace eco del sentido de esta imagen: “sois panes ázimos”, dirá a los cristianos, “sin levadura ni corrupción”. La levadura es factor de corrupción, que nos habla del hombre viejo que todos llevamos dentro (cf. 1 Cor 5; Gál 5, 9).

Frente a esta insistente visión negativa, ya hemos visto que Jesús comparó en una ocasión el Reino de Dios con aquella mujer que amasa el pan y añade un poquito de levadura (Mt 13, 33; Lc 13, 21). El Reino llega con la persona de Jesucristo, Dios hecho hombre. Él trae una levadura nueva, capaz de fermentar toda la masa del mundo: es la levadura de la fe. Esta, como veremos enseguida, es radicalmente distinta de la levadura de Herodes y de los fariseos (cf. Mt 16, 6-12; Mc 8, 15).

c. Para dar vida en el mundo

Podemos ahora retomar las preguntas iniciales, que nos situaban ante la desproporción y la paciencia de la levadura, y sobre todo, ante el reto de lo invisible. La fe, como la levadura, actúa de forma escondida y nos remite a las cosas que ni se ven ni se tocan. Comenzaremos señalando la paciencia propia de la fe: no se nos da ya crecida y terminada, sino como una tarea.

En segundo lugar, abordaremos la cuestión central: la fe nos lleva más allá de lo visible, tangible y audible, y nos muestra una realidad más grande, más alta y más profunda. Por último, veremos que esa levadura está llamada a fermentar toda la masa. Nuestra fe posee una vocación de universalidad, de expandirse por la masa y hacerla pan esponjoso y comestible.

c.1. La levadura: una fe en crecimiento

El pan de la Pascua no tenía levadura. De Egipto hubo que salir velozmente, sin tiempo que perder. Hay muchas cosas que hacemos en la familia deprisa y con prisa. A veces hay que salir de casa por las mañanas como Israel salió de Egipto, a toda prisa, con el pan sin fermentar: no llegamos al cole o al trabajo, y vamos con una mano en la silla del pequeño, otra con la mochila del tercero, el bolso o la cartera, las llaves del coche... O bien, por la noche, cuando llega la cena, los baños, el sprint final de los deberes... ¡Quién tuviera cuatro manos y veinticinco horas cada día! Pero la prisa inevitable y, a veces incluso saludable, de quien tiene que hacer varias cosas a la vez, no es sinónimo de precipitación o de ritmo frenético.

En realidad, las grandes obras de la familia necesitan de la serenidad, previsión y paciencia de la levadura, propia de buenas tartas y bizcochos caseros. Prisa y paciencia son ingredientes de la vida de familia, pero cada uno en su proporción adecuada. A diferencia de la pólvora, de acción fulminante, la levadura nos habla de las cosas que duran y piden fidelidad. Pensemos en la maduración de nuestro amor de esposos, en la educación de cada uno de nuestros hijos y su amistad con Jesucristo, en la fortaleza de nuestra fe... Todas estas tareas exigen la paciencia de trabajar sin ver el fruto, de calentar el horno y esperar sin apreciar cambios en la masa.

La levadura nos muestra que la fe no se nos da perfecta y acabada, sino como una tarea, un don que debe crecer. No está ya hecha y concluida, sino activa, en transformación, gracias al calor y el tiempo. En latín diríamos que la fe no es solo un *factum* (un hecho) sino también un *faciendum* (algo que se ha de hacer). Decir “yo creo”, o mejor, “nosotros creemos”, no es una acción cerrada sino que está llamada a crecer sin cesar.

c.2. La levadura en la masa: ver lo invisible

Pero el crecimiento de la fe se ve impedido por la presencia de otras levaduras que parecen elevarse más rápidamente que la de Jesús. El Maestro advertía a sus discípulos para que no se dejasen engañar por la levadura de los fariseos. Para entender cuál era el peligro que veía Jesús podemos acudir a un episodio singular de su vida (cf. Mc 8, 11-21).

Aquel día, después de discutir con los fariseos, el Maestro se había embarcado con los discípulos. Con las prisas (y para consuelo de nuestros despistes), estos se olvidaron de llevar pan, y no tenían consigo en la barca más que un panecillo. Aprovechando el descuido, Jesús les advirtió: “Estad alerta y guardaos de la levadura de los fariseos y de la levadura de Herodes”. Pero ellos, que no entendían, se pensaron que lo decía porque se habían olvidado del pan. Jesús, con suma paciencia les explicó que no se refería al pan de trigo, sino a uno espiritual: “Todavía no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis endurecido el corazón? ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? ¿No os acordáis de cuántos cestos llenos de trozos recogisteis, cuando partí los cinco panes para cinco mil? Y cuando los siete panes para los cuatro mil, ¿cuántas espuelas llenas de trozos recogisteis? ¿Todavía no comprendéis?”. Jesús se irrita con los discípulos (no siempre es conveniente la dulzura) pues quiere que recuerden los milagros pasados y se liberen de una desordenada preocupación por los alimentos (si Jesús quisiera, aquel panecillo podría alimentar a miles). Pero, al mismo tiempo, desea mostrarles en qué consiste la levadura del Reino. Es preciso guardarse de la levadura de los fariseos, que, para creer, piden una señal del cielo. Aquella misma mañana, Jesús había “suspirado desde lo más íntimo” diciendo: “¿Por qué esta generación pide una señal? En verdad os digo que a esta generación no se le dará ninguna señal” (Mc 8, 11-12).

La levadura de los fariseos es propia de los que buscan ver, tocar y agarrar a Dios con sus sentidos. Piden un signo: que se detenga el sol, que bajen rayos del cielo... pero detrás de esa petición se oculta su negativa a creer. Aunque un muerto resucitara, ellos no están dispuestos a creer. En realidad, “no le preguntan para creer en Él sino para apresarlo” (San Juan Crisóstomo, *Homilias sobre Mt*, 53, 2). Entendemos aquí la severa afirmación de san Agustín: “para el que quiere creer tengo mil razones, para el que no quiere creer, no tengo ninguna”. Desde esta perspectiva, la levadura de los fariseos es su hipocresía (cf. Lc 12, 1).

Desde esta actitud farisaica se exige al creyente que muestre a Dios en una bandeja: “permíteme verlo y tocarlo, y entonces creeré”. No estamos lejos de la mentalidad cientifista actual, según la cual solo existe lo que puede ser objeto de un experimento, es decir, lo que puedo contar, medir o pesar, lo que puedo reducir a un número. Pero, ¿qué es lo real? ¿Solo lo que puede ser demostrado en un laboratorio? ¿Solo lo que puedo tocar y oler?

Para recibir la levadura de Jesús debemos reconocer que la demostración es un modo de situarse ante la realidad que no agota la realidad ni lo abarca todo. En verdad, lo visible no es lo único real: la experiencia humana es más amplia que el experimento de laboratorio. Pensemos, por ejemplo, en la experiencia del amor. Esta nos manifiesta que hay muchas cosas reales que no vemos ni tocamos, ni olemos, pero que sostienen lo que vemos, oímos y decimos. A partir del amor, tenemos esa fe básica, esa confianza en los hombres que nos dan testimonio de que la Patagonia existe, la tierra es redonda, he nacido en Madrid y estos son mis padres. A partir de ahí, al darnos cuenta de cuántas cosas conocemos por medio de otros, podemos reconocer que existe un universo inmensamente más grande que cuanto el hombre pueda tocar o ver.

De esta forma, la fe – como levadura invisible – es una forma de acceso a la realidad que supone una abertura decisiva de nuestra concepción del mundo. Decir “creo” indica una opción ante la realidad; significa que no consideramos irreal lo que no cae dentro de nuestro campo sensible, sino que lo aceptamos como lo que sustenta y hace posible la realidad. Tendemos por inercia natural a lo visible, a lo tangible. Es preciso un cambio interior para ver que estoy ciego cuando me fío solo de lo que pueden ver mis ojos. Es preciso oponerse a la inercia natural. La fe pide esta actitud de conversión: que nos demos cuenta de que, al entregarnos a lo visible, vamos tras una ilusión. Sin este cambio radical no hay fe. De esta manera, creer significa aceptar que el hombre no percibe en su ver, oír, tocar, comprender... la totalidad de lo importante, pues – como decía el Principito – lo esencial es invisible a los ojos (y a las manos, y a los oídos...). Solo se ve bien con el corazón.

Por eso, no es cuestión de abandonar lo visible sino de descubrirlo en toda su profundidad. La fe no trata de lo eterno fuera del mundo, sino de Dios en la historia, el Eterno hecho temporal, el Inmenso caminando por los senderos de Galilea. Esta es la dinámica de la levadura de la fe: *Per visibilia ad invisibilia*. Miradas en toda su hondura, las cosas visibles nos conducen a lo invisible que llevan dentro. En ellas descubrimos rendijas de lo eterno. En el nacimiento de un hijo y en su crecimiento, en el dolor de la enfermedad y la muerte de un familiar, en el amor que sabe superar las pequeñeces, en la fidelidad al trabajo, en el gozo de celebrar una fiesta, en la belleza de un amanecer, en el paisaje que nos ofrece la cumbre de una montaña... se nos revela la credibilidad de la fe: la fe es creíble. No se puede demostrar, pues si no, no sería fe, pero sí se puede mostrar y comprender.

De esta manera, frente a la levadura de los fariseos, la fe exige una conversión diaria y prolongada. Es esta la bienaventuranza que el Resucitado nos dirige, después de transformar el corazón de Tomás: “Porque has visto, has creído. Dichosos los que crean sin haber visto” (Jn 20).

Dudas y dificultades

Podemos entender así que nuestra fe nos plantee dificultades. Acoger lo invisible en lo visible desde una confianza razonable no es fácil. Pero es preciso que distingamos entre las dificultades y las dudas. A veces decimos: “Tengo dudas de fe”, cuando en realidad queremos decir que tenemos dificultades, motivos de perplejidad o confusión, elementos oscuros de la fe. “No entiendo cómo puede ser esto. Aquello me parece contradictorio...”. El beato y cardenal

John Henry Newman, que realizó un fabuloso camino en la fe, decía que “diez mil dificultades no constituyen ni una sola duda de fe”. Las dificultades – sólidas y complejas de resolver – se plantean dentro de una confianza básica en Dios. No es que desconfíe de Él; es que no lo entiendo. La duda, por su parte, implica una desconfianza de Dios. Por eso, fe y duda son incompatibles, mientras que fe y dificultades son compañeras de camino.

Desde esta perspectiva, las dificultades de la fe son una llamada a crecer, a fortalecer los motivos para creer. Por eso, a veces decimos: “No creo”, cuando sería más exacto decir: “¡Qué pequeña es mi fe!”, o como aquel contemporáneo de Jesús: “Creo, pero aumenta mi poca fe”. Además de un esfuerzo por comprender, la fe exige en estas ocasiones que permanezcamos firmes, afianzados en Él. Creer pide permanecer.

¿Tranquilos en su incredulidad?

Ante nuestras dificultades para creer, podemos pensar que el no creyente vive imperturbable, en una pacífica serenidad. Sin embargo, al que no cree le acucia siempre la misteriosa inseguridad de si el positivismo tiene la última palabra. ¿Será verdad? “Nadie puede sustraerse al dilema del ser humano. Quien quiera escapar de la incertidumbre de la fe, caerá en la incertidumbre de la incredulidad (...). Sólo al rechazar la fe se da uno cuenta de que es irrechazable” (J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*). Es interesante a este respecto una anécdota judía que nos narra Martin Buber. Un racionalista ateo acude a disputar con un rabino, con el fin de destruir sus viejas pruebas de fe. Entra en su habitación y, al verlo paseando y meditando, prefiere no molestarlo. Por fin, el rabino se da cuenta de su presencia y le dice: “Quizá sea verdad. Ni los hombres con los que has discutido, ni yo mismo, podemos poner a Dios y a su reino sobre el tapete de la mesa. Pero piensa en esto: quizá sea verdad”. El racionalista intentó reaccionar con argumentos, pero aquel “quizá” se le presentaba como un muro insuperable.

Por supuesto, este “quizá” no deja nuestra fe al nivel de las opiniones. La fe es una certeza capaz de extirpar toda duda, pero esto no elimina las dificultades. No podemos servir a Dios en una bandeja. Esta fue la tentación de Israel cuando Moisés tardaba en bajar del monte Sinaí. Le pidieron entonces a Aarón que les hiciera un becerro de oro, algo que pudieran ver y tocar: ¡Aquí tenéis a vuestro dios!

c.3. Levadura en la masa: la tarea de fermentar

De esta forma, la levadura de la fe nos habla de una acción que, al principio es invisible pero real. La imagen de la levadura nos muestra también que esa fermentación posee una vocación universal: la levadura no existe para sí misma, sino para la masa, para transformarla en alimento sabroso. Como tantas imágenes de la fe, también la levadura nos habla de la comunicación. Su acción se abre al universo. Como la sal que sazona todo alimento, como el agua que vivifica los campos o la luz que muestra los colores, la levadura hace comestible la masa de pan. Ser levadura es una responsabilidad, es un don que recibo para otros.

Entendemos así la decepción ante una levadura que no fermenta la masa y que no sirve más que para arrojarla a la basura. Nos puede ocurrir en nuestra vida de familia cuando nos acomodamos y nos convertimos en “familia burguesa” (o “familia afectiva”), donde lo único que importa es el “bienestar”: que todos nos sintamos a gusto. Pero la familia cristiana, igual que la levadura, no existe para sí misma: no es refugio afectivo sino verdadero hogar que nos prepara para un día dejar padre y madre y fundar una nueva familia. Por eso, una fe vivida de modo intimista y privado, desde la comodidad y el bienestar, nos deja pequeños tanto a nosotros como a nuestros hijos, como una masa pastosa sin fermentar.

Frente a esta reducción, Benedicto XVI nos exhortaba hace tiempo: “Deseo deciros ante todo que evitéis cerraros en relaciones intimistas, falsamente tranquilizadoras; haced más bien que vuestra relación se convierta en levadura de una presencia activa y responsable en la comunidad” (Benedicto XVI, *Encuentro con parejas de novios*, Ancona, 11 de septiembre de

2011). Como familia cristiana y como Familias de Betania tenemos una misión en la sociedad y en la Iglesia. ¿Cómo alcanzaremos esa “presencia activa y responsable” en la sociedad?

d. Conclusión

Sin levadura no es posible preparar un bizcocho de limón, ni siquiera una hogaza de pan. “La vocación del discípulo de Cristo es ser levadura en la masa, como dice san Pablo: Un poco de levadura hace fermentar toda la masa (Gál 5, 9)” (Benedicto XVI, *Encuentro con los jóvenes*, Viaje al Líbano, 15 de septiembre de 2012).

Como la levadura, la fe de la familia (y el amor entre los esposos) se fortalece comunicándola, manifestando a otras familias la alegría de creer. Esto es lo que transforma la masa. De esta manera, Familias de Betania, como camino de santidad dentro de la Iglesia, no será solo “una comunidad local que crece y se expande lentamente, sino que será como levadura destinada a lo universal, a la totalidad, y que lleva en sí misma la universalidad” (Benedicto XVI, *Alocución a los nuevos cardenales*, 24 de noviembre de 2012).

- Tres preguntas para el coloquio

1. Prisa y paciencia. La familia vive de ambas. Pero la prisa nos viene dada por las circunstancias, mientras que la paciencia hay que trabajarla. ¿Qué ámbitos de reflexión serena abrimos en nuestra vida de familia? ¿Qué prácticas de comunicación nos ayudan a ello? ¿Qué momentos buscamos para poner en común la marcha de las grandes empresas (la educación de cada hijo, nuestro itinerario de fe...) de nuestra vida?

2. Lo invisible está presente en lo visible. ¿Qué rendijas de eternidad se manifiestan en nuestra vida cotidiana? ¿Cómo nos ayuda a ello la oración vespertina en familia?

3. Fermentar toda la masa. ¿Cómo vivimos nuestra vocación familiar de levadura? ¿Cuáles son los peligros de la “familia burguesa” o “afectiva”? ¿Cómo podemos vivirlo como equipo de Caná?

- Compromiso de equipo

Familiar: Orar por el próximo cónclave y por el futuro papa, de acuerdo con la propuesta para este mes (cf. Newsletter)

Del equipo: Buscar una práctica común que nos ayude a ser “familia levadura” y no familia burguesa. Por ejemplo, acudir como equipo a uno de los eventos de FdB de este mes.

- Próximos eventos de Familias de Betania:

+ Retiro (P. Luis Sánchez), Domingo, 3 de marzo en Moscatelar

+ Retiro (P. Luis de Prada), Domingo, 10 de marzo en el Colegio Stella maris (con guardería)

+ Galilea, sábado, 16 de marzo. Prof. Elena Postigo, La cultura de la vida en el Año de la fe

- Para los interesados en más:

J. RATZINGER, *Introducción al cristianismo*, Sígueme, Salamanca 1996, 21-50.

BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 1-15.

- Intenciones de Benedicto XVI para el mes de enero:

General: Que crezca el respeto por la naturaleza, obra de Dios confiada a nuestra responsabilidad.

Misionera: Que los obispos, sacerdotes y diáconos sean incansables anunciadores del Evangelio hasta los confines de la tierra.